

Un día vi desde mi balcón unos obreros que abrían unas zanjas en un continuo ir y venir, con actividad de hormiguitas, con laboriosidad de abejas y como las abejas las paredes de la colmena, ellos levantaron una frágil paredilla en la que dejaron una diminuta puerta.

Entre los empolvados obreros, de albas blusas, habla uno que se hacía simpático a primera vista; era alto, esbelto, de modales sueltos, ágil y fuerte, siempre tenía una sonrisa en los labios y a pesar de su traje humilde, tenían en sus movimientos cierta distinción natural.

Vestía una larga y blanca blusa y calzón de pana, calzaba unas alpargatas y cubría su cabeza una gorrilla, que caída sobre la oreja, ponía en su cara curtida y brillantes ojos negros una picara expresión.

Siempre su buen humor tenía una broma para el aprendiz y una copla de amores, que él dejaba junta con un beso, para que el viento la llevara donde ella estaba y digo esto, porque solía traer algunos días una flor prendida detrás de la oreja. Quizá fuese ella una doncellita que desde el corredor y mientras limpiaba la ropa, dejaba otra copla de amores para que el viento se la llevase a él.

Un día—Ya habían empezado a tejer la tela sutil del andamiaje, por donde subían y bajaban ágiles en su tragar—sentados en unos maderos, habían terminado de tomar el frugal almuerzo y mien-

El simpático albañil



tras fumaban los viejos un cigarri-
llo y él entretenía el tiempo desho-
jando la flor que trajera por la
mañana cayó a sus pies la pelota
de un nene que jugaba allí cerca.

Vino el pequeño por el juguete
y las manos callosas del peón tu-
vieron una caricia para el peque-
y al sonar la campana volvió a su
ruda tarea en la que siente en su
piel los alfilerazos del helado in-
vierno y calcinante fuego de un
sol abrasador, desafiando su cabeza serena el vé-
tigo de la altura y despreciando el riesgo trepa ágil
y decidido por las grandes mallas del andamiaje.

El edificio gigantesco está casi terminado y en la
parte más alta una bandera es un airon de triunfo.

Un poco paradójico resulta el que por la puer-
ta diminuta de la frágil paredilla, entrase la mole
del soberbio edificio y más aún el que la débil pa-
lancala del brazo humano modelara el coloso de
ladrillo.

Ahora el albañil simpático ya no almuerza solo
ni tiene flores detrás de la oreja; pero tiene una mo-
cita que con su airoso traje de percal, llega a la ho-
ra del almuerzo y le alegra es su belleza.

Al verlos juntos, no sé por qué, me parece que
el obrerillo de la blusa blanca y la cara curtida, se
acuerda del pequeño al que un día pusieron sus
manos callosas una caricia en la mejillas de raso.

E. G.

CENTAURO

que da el valor y la importancia que tienen, a los
asuntos, y problemas de Albacete, teniendo en
cuenta el interés capitalísimo y la importancia suma de la Feria publicará un «NÚMERO EX-
TRAORDINARIO» en el que colaborarán las mejores firmas en todos los órdenes artísticos.

Como ejemplo anticipamos los nombres de algunos de los insignes artistas y literatos que,
con su indiscutible prestigio, valorarán las páginas del extraordinario de CENTAURO.

Artistas que han mandado ya trabajos:

PORTADA.—Un cuadro de JULIO ROMERO DE TORRES.

ILUSTRACIONES.—De BUJADOS, GROSSO, ESTEVE, CARRILERO, MATEU, OCHOA,
PINAZO y UNDAVEYTIA.

CARICATURAS.—De SILENO, TITO, BAGARÍA, MATEOS, SÉRBULO y TONO.

LITERATOS.—De MANUEL BUENO, AZORIN, PEDRO MATA, ROGELIO BUENDIA,
MUÑOZ SAN ROMAN, E. CARRERE, F. TOLSADA, A. PRECIOSO, S. y J. ALVAREZ
QUINTERO, TOMAS LUCEÑO y RODOLFO VIÑAS.

Más fuertes que la vida

El mismo oleaje impetuoso que lo había separado
en su juventud, los reunió aquella noche junto a una
opipara cena, sugeridora de evocaciones juveniles.

Experimentaban gran complacencia de aquella
reunión fortuita, determinada por los vaivenes de la
existencia, que aunque de apariencia inconsciente, pa-
recen llevar oculto el propósito de producirnos satisfac-
ción.

Fontenelo, el literato bohemio de larga pelambre,
sintiendo más imperiosa la necesidad de comunicar a
sus amigos los tiernos recuerdos que resucitaban en
su espíritu, fué el primero que habló, tras lanzar al aire
una bocanada de humo, que los rodeó como si quie-
siera hacer más íntimo el carácter de la confidencia.

—Como sabéis, apenas contaba veintidós años,
cuando nos separamos y entonces hice el propósito
firme de caminar por las rutas que me marcaban mis
aficiones literarias. Abandoné el rincón provinciano y
en Madrid comencé en mí la eterna peregrinación bo-
hemio del escritor principiante. He conocido la cru-
eldad implacable de los días sin comida y de las noches
sin albergue, en que envuelto en periódicos por todo
abrigo, pasaba en un banco las interminables noches
de invierno. Y cosa rara, aun cuando el viento sopla-
ba con más furia, y las heladas extremaban su inten-
sidad, no tenía frío, no advertía frialdad en mis miem-
bros, como si la llama gigantesca de mi espíritu, ca-
lentase mi cuerpo con tibieza dulce de regazo de novia.

—Poco a poco la fortaleza de mis decisiones, se
fué abriendo paso penosamente; pero la lentitud lejos
de hacer decrecer mi convencimiento, hacía rocosa y
fuerte mi vocación literaria.

—Ganaba por entonces unos cuarenta duros y me
casé por amor. Todos los apostolados, todas las voca-
ciones para realizarse con éxito, necesitan de la colabo-
ración de la mujer», pensaba yo por entonces. La ex-
periencia no tardó en arrebatarme esa creencia. Mi
compañera adoptó para conmigo una frialdad extraña,
un desvío absurdo, que crecía incesantemente confor-
me descendían mis ingresos de escritor. Hasta que un
día, cuando escribía la obra que me dió la gloria, me
participó sus ideas con brusca franqueza:

—Mira—me dijo—es preciso que te convenzas de
que tu no sirves para eso, y la prueba la tienes en que
a través de toda tu vida consagrada a la lucha, no gan-
as lo necesario para atender nuestras necesidades.
Fíjate bien y dame la razón. Como sabes, el vecino de
abajo traspasa la tienda—de avena y harina—y todo
por unos centenares de pesetas que haciendo un sacri-
ficio reunimos al instante....

—La interrumpí indignado. Comprendí la necesi-
dad de ser más fuerte que la Vida, más que todas las
adversidades, sacando de ellas nuevos bríos. Como es
natural, triunfé, y siempre sonrío amargamente cuando
mi mujer me dice:

—¿Que ibas a triunfar tu, ya lo sabía yo. Lo con-
trario no sería lógico. Estaba muy segura de que tu
servías para eso.

Hubo una pausa. Cada uno revivía en su consciencia
recuerdos muertos, emociones casi insensibles,
ocultas, pero con un resto de vida allí en los últimos
pliegues del espíritu.

Habló a continuación Rufino de Montelobo.

—Cuando me separé de vosotros, a consecuencia
del sólido arraigo que lograron en mí las ideas revolu-
cionarias, fué para continuar mi odisea de apóstol ro-
jo. No sabía determinar en concreto las causas que
originaron en mí la conversión al anarquismo. Algunos
episodios de mi niñez se asocian íntimamente a mi
conversión, pero en general influyeron poco en ello.
Tenía yo por entonces relaciones con la hija de un
amigo de mi padre, el viejo duque de Montelobo, y
y llegaron a ser tan recias las campañas que realizaba,
que una noche en la reja me planteó un trágico dilema.
Había de elegir inmediatamente entre su amor y mi
conciencia, entre ella y la Anarquía. Fué un momento
terrible. No vacilé, tenía la idea de que los grandes
ideales hacen lógicos los sacrificios más absurdos, y
sublines los holocaustos más inútiles. Y sin volver
una sola vez la cabeza, me alejé de la reja....

—El resto de mi historia es muy sencillo y des-
pojado en absoluto de todo carácter heroico y de todo
episodio que esté fuera de lo cotidiano. Desterrado en
Francia, gracias a mis profundos conocimientos de
aquel idioma pude ganarme la vida traduciendo.

Hubo otra pausa.

—¿Y tú?

A Larcanti, el gran burgués de panza insolente, le
cogió de sorpresa la pregunta. Se asustó. En su rostro
comenzó a reflejarse un azaro y una inquietud extra-
ordinaria. Como no tenía nada que contar pensaba que
nada le preguntarían.

—¿Yo?, pues continúo con mis negocios y.... Y
además, se había casado con una mujer muy gorda
que comía una enormidad.

La conversación de aquella noche había influido
hondamente en el espíritu de Larcanti. Sentía que se
abrían ante su conciencia nuevas perspectivas, hori-
zontes desconocidos, que tenían para él el singular en-
canto de la virginidad. Su sensibilidad se había refina-
do al choque con aquellos dos hombres más fuertes
que la vida.

Sentía la necesidad de ver movida la nave de la
suya por el timón poderoso de un alto ideal, y llenar
los grandes huecos que existían en su alma, moldes va-
cíos hechos para el engendro de grandes propósitos,
con las inquietudes y emociones del literato o del re-
belde.

Al llegar a este punto de sus reflexiones, se oyeron
recios ruidos como si por toda la casa andaran
manadas de paquidermos y entró en la habitación su
esposa.

—¡Oye! ¿Sabes lo que te digo? Que el frío comi-
enza a sentirse y sería conveniente que calentáse-
mos la cama. ¿No te parece?

Pero el no le contestó: Sentía en su interior el
contacto sabroso de un llanto dulce. Lloraba por los
ideales que no tuvo, por los pensamientos que no na-
cieron en él, por los sueños sublimes que nunca habían
de retozar en su conciencia....

GABRIEL DE COCA

Albacete—19—924.



CAMISERIA VIDAL
MARQUES DE MOLINS, 8